

## Asalto a Nova Vas (fragmento de “Davanti a Trieste”, 1919)

---

*Assault on Nova Vas (“Davanti a Trieste”, 1919,  
fragment)*

Mario Puccini  
(Senigallia, 1887 – Roma, 1957)

Traducción recibida el 15/04/2018 y publicada el 15/07/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

La participación de Mario Puccini en la Primera Guerra Mundial a partir de 1916 supuso no solo una experiencia vital de primer orden, sino una fuente inagotable para sus escritos posteriores, como demuestran el peso que tuvo el conflicto en obras, la mayoría de sentida orientación diarística, como *Dal Carso al Piave* (1918), *Come ho visto il Friuli* (1919) o *Davanti a Trieste* (1919), tal vez la obra más conseguida del autor y de la que ofrecemos por primera vez en castellano uno de los capítulos más emotivos, *Assalto a Nova Vas* (Mario Puccini, *Davanti a Trieste*, ed. Mursia, pp. 100-106). Agradecemos a la editorial Mursia, a los herederos de Mario Puccini y al editor del volumen, Tancredi Artico, el permiso para traducir este significativo texto.

\*\*\*

Nova Vas se estremecía como algo vivo.

Nubes enormes de fuego y humo y tierra. Las explosiones sacudían la tierra, zarandeaban árboles, refugios, tapias, parecía que incluso rompían el conjunto de la atmósfera, que expresaba su tormento con voces de todos los timbres, hasta los ecos más lejanos.

El silbido de las esquirlas, el estallido de las piedras alcanzadas, el sonido sordo de los disparos que salían confundían el raciocinio. Nos apretábamos la cabeza con las manos, como quien, al sentir que ha huido la consciencia de sí mismo, se reconoce, irremediabilmente, en el torbellino de una misteriosa tormenta. Una explosión sucedía enseguida a otra, introduciéndose en el estruendo provocado por la primera, de tal manera que el clamor parecía continuo, como si naciese de un manantial del subsuelo, ininterrumpidamente.

La furia rabiosa del enemigo estrujaba alrededor una música mortífera de *shrapnels*, vocecitas que, en el fragor de nuestro bombardeo, casi no se entendían, como maullidos de gatos perdidos en una hora de temporal violento.

La mañana del 10 de octubre el fuego se vuelve más intenso. Las líneas enemigas parecían un altar ardiente. ¿Dónde se refugiarán los austriacos? ¿Estarán aún en la trinchera? Algún vigía dispara, pum, su tiro, como para hacer notar que están y que nos esperan.

Estamos en medio de una niebla densa que trae a nuestros orificios nasales un olor de cosas quemadas y de pólvora. Anhelamos el momento de movernos, de respirar, aunque el movimiento y la respiración serán mortales.

Llega un mensajero.

“¡Estén preparados! –escribe el capitán– cuando dé la orden, ajusten las bayonetas y salten fuera, como un solo hombre”.

Una nueva orden llega casi enseguida: “Trasládese con sus cabos a observar la trinchera enemiga. Vea dónde es posible un paso para su pelotón. Le aconsejo que se una a la brigada Sesia. Sangre fría y calma”.

A las dos de la tarde viene él mismo a darme los últimos consejos. El asalto está fijado para las 14:50. Las agujas caminan, sobre el pequeño disco blanco, con una velocidad vertiginosa. Los soldados han preparado sus cosas. Están listos. Me miran a los ojos, como si buscasen seguridad en ellos. Yo me esfuerzo en sonreír, pero mis palabras, que quieren provocar alegría, caen en el silencio. La fisonomía de mis

hombres, parece, no ha cambiado nada. Pero en el fondo de sus pupilas hay como un velo, una sombra.

¿Cuántos de ellos caerán?

Y yo mismo, ¿caeré?

¡Somos fuertes!, me digo a mí mismo. Y, pronto, se apodera de mí una segunda consciencia que duerme los instintos vitales y me hace sentir en la muerte un reposo dulce que logrará aplacar todas las angustias de estos días lúgubres. Sin lucha, el deseo de vivir, de volver, cede ante esta sensación nueva que me hace temblar y que incluso me invita, como un placer.

Calmado así, el deber me parece más fácil. Y la responsabilidad, que me obsesionaba, no me preocupa, como hace poco. Siento que cumpliré mi misión.

Pero, muy sutilmente, en el fondo de las venas más escondidas, serpentea la sangre de ayer, que vivía y amaba con fuerza de juventud. Parece que, en un momento, se va a deshacer en voz y decir: – Vivirás.

El enemigo, una vez que ha cesado el fuego de nuestros cañones, deja respirar las ametralladoras. Son pocas. Deben de haber saltado varias, sobre todo en el fortín triangular.

Y enseguida, las pequeñas armas de montaña y campo empiezan un fuego acelerado de barrera sobre nuestras dos primeras líneas. Una granada me hunde un tramo de trinchera y me mata un hombre. Ha quedado reducido a un estado calamitoso. Hago que lo tumben en una camilla, pero no tengo tiempo de recoger su última respiración.

Un mensajero de compañía me grita a la cara: – ¡Fuera, señor teniente, fuera!

La salida no está tan cerca: tenemos que seguir la línea de nuestra trinchera unos cien metros. Los austriacos nos ven y hacen más denso un fuego tremendo de artillería sobre nosotros. Siento que me falta la respiración durante la carrera. El polvo y el humo me ciegan.

Un hombre se me cae delante, tumbado.

– ¿Quién eres? ¿Qué te pasa?

La voz de Tognana lloriquea: – ¡Estoy muerto, señor teniente!

– ¡Qué muerto! ¡Arriba, arriba, rápido!

Lo agarro por el cinturón, lo obligo a levantarse de nuevo. Y lejos, corriendo. Estamos en la salida.

No tengo la percepción exacta de la carrera a la trinchera contraria. Recuerdo el grito de los heridos, mi voz incitando a darse prisa, los gritos de “Saboya” me alcanzaban las orejas, como si estuvieran a pocos cientos de metros.

Entramos en la trinchera enemiga, la salvamos. Pocos austriacos levantaron los brazos, como muñecos: ¡Rumân, Rumân!

Una vez abandonados los prisioneros en las manos de un cabo y cuatro soldados, salvo el segundo parapeto. Trato de no perder a mis hombres y de mantenerlos unidos. Pero caigo al suelo, agotado, como si la carrera violenta me hubiera empobrecido la sangre y no circulara con ritmo vivo por los vasos. Un infante que no conozco me ofrece una cantimplora. Tres o cuatro sorbos y estoy en pie de nuevo.

Ahora tenemos la impresión de no hallarnos en terreno de combate. ¿Dónde está el enemigo?

Desde una dolina que hemos dejado detrás parten de pronto, a nuestra espalda, unos disparos de fusil.

Es un grupo de *tugnitt*<sup>1</sup> que dispara desde una cueva.

– ¡Fuera las bombas de mano, chicos!

Pero, en cuanto nos ven, los enemigos levantan los brazos. Son unos cuarenta.

Las ametralladoras no dejan oír su voz cortada.

La tierra está toda rota, agujereada, removida por nuestros cañones. Muertos aquí y allí, en las posturas yacentes más extrañas y angustiosas. Trato de unirme a los dos pelotones de izquierda de mi compañía cuando un fuego vivo de fusiles me invita a apartarme a la derecha.

Oigo la boca de nuestra pistola ametralladora, que emite su rápida risa-pedorreta, de forma nerviosa, y acudo corriendo.

Un contrataque furioso. Los dos pelotones que buscaba, apostados detrás de una tapia, retienen un par de compañías austriacas que, espoleadas por oficiales que no vemos, intentan lanzarse contra nosotros. El aspirante Strafella manipula él mismo la pistola, tratando de acertar. Somos tres oficiales con unos setenta hombres. El aspirante Samperi –que habría de caer algunos días después– está sentado en el suelo y dirige el fuego. Yo no tengo paciencia para imitarlo. Agarro un fusil austriaco y disparo con mis soldados. Estoy tan excitado que no podría estar quieto en el suelo, como un perrillo.

Los austriacos, en cada descarga, retroceden. La pistola, manipulada con destreza y sin prisa, abre, en cada disparo, brechas en la masa enemiga. Los suboficiales austriacos aprietan a sus soldados, los empujan. Alguno, con el látigo, los golpea. Y aquellos, adelante. Pero en cuanto sobrepasan el borde de la dolina, la descarga los alcanza y los asusta de nuevo. Los oficiales salen ellos también y disponen, visiblemente sorprendidos por nuestro fuego, unas escuadras detrás de una tapia, mientras los cabos siguen increpando a sus hombres. Vemos claramente su maniobra.

Las escuadras enemigas, de repente, empiezan a disparar intermitentemente, pero con precisión, contra nosotros. Los que sacan la cabeza caen. Tenemos ya algunos muertos. No olvidaré nunca a un soldado que yo no conocía, que había apartado a la izquierda, hacia un tramo de tapia destrozado. Un disparo de fusil le entró en el cráneo mientras, de rodillas, apuntaba: y se quedó en la posición de rodilla en tierra, rígido, con la cabeza plegada sobre el pecho.

¿Y quién olvidará a aquel soldado de la 5ª que los compañeros llamaban el Cura, gordinflón, sin barba, compungido, que besaba las manos al capellán y respondía, por su cuenta, durante la misa “dominus vobiscum”, en el acto de repartir los cartuchos, apenas conseguidos, a los combatientes? Parecía un vendedor de feria: – ¿Quién quiere? ¿quién quiere?

Y lanzaba a derecha y a izquierda, con su cara bonita de tranquilidad, el valioso plomo. Habría querido que todos se dieran la vuelta para coger los cartuchos que él sacaba a subasta con su voz tartaja. Y, como nadie le hacía ni caso, repetía a todos: – Cartuchos, cartuchos.

Como un vendedor de mercado. ¿Por qué no propusimos para la medalla a ese chico simplón? Cuando lo mirabas: ¿qué puede hacer este –te daba por pensar– con su alma de ratón? Y, sin embargo, estaba allí, detrás de nosotros, tranquilo como en la plaza de armas.

Los austriacos no se limitaron a coger como blanco las cabezas que salían y a derribarlas, empezaron también a disparar de forma continua con el fusil que nos caían a plomo sobre la tapia y derribaban a los hombres como si fuesen bolos.

<sup>1</sup> *Tugnitt* es una palabra lombarda para hacer referencia a los austriacos. (N. de la T.)

Faltó poco para que yo mismo fuera víctima de una de estas “bochas de tinta”, como las llamaban los soldados. Me había apartado un momento para socorrer a mi soldado Spagnolo, muy perjudicado por un *shrapnel*, cuando un empujón violento por la espalda me tiró al suelo. En ese mismo momento, una voz me gritó: – ¡No se mueva!

Sin que yo me diera cuenta, me había caído una bomba casi entre las piernas. Quiso la suerte que el sargento Capitini, del tercer pelotón, se percatara. Fue él quien me tiró al suelo. Entre la caída y la explosión estas bombas de mecha dejan pasar algunos segundos. La destreza y la valentía de Capitini me salvaron.

Y como esas bombas podían causar pánico, confié a un soldado de mi pelotón la misión de seguirlas en su trayectoria, para hacer que los hombres se apartasen a tiempo. Mientras tanto, había llegado también el capitán Balestrino. Cuando lo vi, casi corro a abrazarlo. Me parecía que traía más de cien metralletas, más que la victoria, ya que yo me convertía de nuevo en subalterno.

Le pregunté a media voz desde mi puesto de combate:

– ¿Refuerzos?

– No, somos suficientes.

Cuando se hizo de noche y el fuego enemigo, a la luz discontinua de los cohetes, disminuyó en intensidad, mi cabo Scalerà me ha traído un fajo de música manuscrita. Él es un apasionado investigador de antiguallas. Desde hace más de un año, combate y, cuando alcanza la trinchera enemiga, su ojo investiga, rebusca, escava.

– ¿Qué música es esta?

Eran páginas de una edición alemana de la *Manon* de Puccini.

– ¡Buenas, pequeña Manon! Tú nos traes el puro saludo de casa.

El alférez Manera, que es un músico apasionado, ha ojeado las primeras notas. A los labios le ha subido enseguida un remolino de canto. El fuego ya hacía ademán de parar. Los austriacos habían entendido que la posición era sólida y desistían. Algún *shrapnel* explotaba en lo alto. Entre los bucles de las nubes que la luna rizaba, su rosa de fuego parecía de oro.

– “Donna non vidi mai...”<sup>2</sup>.

Tognana, afanado con los demás en el transporte de sacos de tierra en la nueva trinchera, se ha parado a escuchar el canto susurrante de Manera y, cuando ha cesado la romanza, ha gritado: – ¡Abajo Austria!

Si los italianos combatieran con la música en la cabeza, ¡yo no querría ser de ninguna manera un oficial de los *honwed*<sup>3</sup>!

**Traducción de Berta González Saavedra**

<sup>2</sup> Primeras palabras de un aria del primer acto de la *Manon* de Puccini. (N. de la T.)

<sup>3</sup> Soldados de las tropas húngaras. (N. de la T.)